

tos de legua de ámbito á su nueva ciudad, pero le fué aumentando en lo sucesivo. El año 526 se dió principio á la fundación de esta capital, y el día 11 de mayo del año 530 se celebró ya su dedicación; porque se alzaban casi á la vez los edificios interiores tanto públicos como particulares, al propio tiempo que se trabajaba en construir los muros de la ciudad. Había en ella muchas plazas rodeadas de pórticos, de las cuales la principal llevaba el nombre del fundador, y en el medio estaba su estatua sobre una enorme y magnífica columna de pórfido que se había llevado de Roma. Se edificaron también dos palacios dignos del soberano del mundo, un hipódromo ó circo para las carreras de caballos, un sitio adecuado para las de á pié, un anfiteatro, algunos teatros, baños, acueductos y gran número de fuentes. Al propio tiempo Constantino mandó edificar muchas casas, ó mas bien palacios, y los repartió entre los señores principales de Roma y de todo el imperio; y aun prohibió por una terminante ley á todos los que poseían tierras en las provincias cercanas, el disponer de ellas en su testamento, á menos de tener una casa en la ciudad de Constantinopla.

Tenia esta su Senado, sus magistrados y los órdenes del pueblo parecidos en todo á los de la antigua Roma: como ella, estaba dividida en catorce regiones ó cuarteles, y tenía por lo menos la misma magnificencia y los mismos privilegios. A los que edificaban en la nueva ciudad se les concedió cierta medida de pan por término, para ellos y para los suyos perpetuamente. También se distribuía una excesiva cantidad de trigo, que según algunos ascendía á ochenta mil fanegas diarias.

El artículo que mas presente tuvo el fundador, fué el de la Religión, pues decía que su primer objeto era oponer á la Roma idólatra una Roma nueva enteramente cris-

tiana; así que todos los templos de Bizancio ó fueron destruidos ó trasformados en otras tantas iglesias. Los ídolos que quedaron sin demoler fué solo porque quisieron conservarlos como monumentos profanos y curiosos; y así los pusieron en las calles y plazas públicas para adorno de la ciudad y diversion de los pasajeros. Eran de este número el Apolo pitio, los famosos Tripodes de Delfos, y las Musas del Helicon; logrando con esto que todo el mundo se admirase de que aquellos mudos simulacros hubieran sido por tanto tiempo objeto de la común veneración. Pero en lo que mas se descubrieron las religiosas miras de Constantino, fué en la erección de las nuevas iglesias, que por su magnificencia, superior en gran manera á la de los antiguos templos, anunciaban la grandeza del Dios Supremo que en ellas se adoraba. La principal de ellas fué dedicada á la Sabiduría Eterna, de donde tomó el nombre de Santa Sofía, y aun subsiste hoy día tal como fué en lo antiguo, á lo menos en cuanto á la arquitectura, pero reedificada por el emperador Justiniano.

La iglesia que se edificó cerca del palacio imperial en reverencia de los doce Apóstoles, aunque no llegaba á tanta grandeza, no era menos admirable por la riqueza y el esquisito gusto de sus adornos. Era su figura la de una cruz, de una altura extraordinaria, toda incrustada de mármoles de los mas raros colores, desde el pavimento hasta la bóveda, que formaba un artesonado dorado; y la cúpula estaba rodeada de una balaustrada, tan bien adornada y tan reluciente con el oro, que deslumbraba á los que la miraban cuando daba el sol en aquel rico edificio. Alzabase el cuerpo del templo en medio de un anchuroso patio cercado de cuatro galerías, en las que había salas públicas y habitaciones señaladas para los diferentes individuos del clero y todos

sus dependientes. Esta iglesia la destinó Constantino para su panteon, é hizo preparar en ella su sepulcro, en medio de otros doce, seis á cada lado, levantados en memoria de los Apóstoles; y lo hizo por su vivafé, dice Eusebio de Cesarea, y en la firme persuasión del beneficio que con esto resultaría á su alma despues de la muerte (1).

Encontrábanse monumentos piadosos no solo en las iglesias, sino en todas partes, en las fuentes, en las puertas de los edificios públicos y en medio de las plazas (2). Aquí se veía la imagen del Buen Pastor, allí la de Daniel en medio de los leones; y para decirlo de una vez, por do quiera se veían las figuras y emblemas mas notables de las Sagradas Escrituras. En el vestibulo del gran palacio estaba representado el emperador acompañado de su familia con la cruz sobre la cabeza, y á los pies un enorme dragon, símbolo del paganismo, traspasado con un dardo por medio del vientre y en ademan de arrojarlo en el mar. En lo interior, en la pared del fondo, se había puesto una gran cruz de piedras preciosas embutidas en oro, con una suntuosidad y un arte inimitables. Por fin, todo respiraba verdadera Religión, todo excitaba á la fé y á la piedad; de modo que nunca hubo un soberano que acreditase mas celo ni mas gusto en rendir el debido homenaje á la Iglesia; príncipe incomparable en este punto y recomendable en todo, si no se hubiese metido también á quererla gobernar. Mas los corruptores de los verdaderos principios le sitiaban con tanta perseverancia, que por último le hicieron decretar el destierro de San Atanasio, pues se le representaron como un perturbador de la pública tranquilidad.

Pusieronse á calumniar con mas vigor que nunca á este valiente defensor de la fé,

(1) Euseb. in vit. Const. M. lib. 4, c. 58.
(2) Ibid. lib. 3, c. 49.

y para ello se unieron de nuevo los melecianos con los arrianos á pesar de la contrariedad que había entre ellos en cuanto al dogma y modo de pensar. Estos diversos enemigos de la Iglesia, á quienes siempre se veía juntos cuando se trataba de destruirla, esparcieron de comun acuerdo que un sacerdote egipcio, llamado Macario, había maltratado por orden del Patriarca á otro sacerdote llamado Isquiras, en el acto mismo en que este celebraba el santo sacrificio; y que Macario se había escedido hasta el punto de derribar el altar y romper sacrilegamente el cáliz. Era esta una invención miserable destituida de toda prueba, de cuya frivolidad ya había tenido tiempo de cerciorarse el emperador; pero los sectarios conocían bien al príncipe, y sabían que á fuerza de importunidades obtendrían lo que quisiesen. Con todo, para asegurar mas el resultado de su empresa, forjaron otra nueva acusación mucho mas grave que la primera.

Propalaron que Atanasio había dado muerte á Arsenio, obispo meleciano de Hipsela en la Tebaida, y cortádole la mano derecha para servirse de ella en sus operaciones mágicas. Al mismo tiempo procuraron que Arsenio desapareciese de repente, y manifestaban con mucho misterio una mano disecada que llevaban por todas partes en una caja. Juan Arcaf, jefe del partido meleciano, era el principal actor en esta trama. Al principio lo tomó á risa San Atanasio; pero cuando supo que este cuento había cundido hasta en la corte y que en ella hacia no poca impresión, creyó que debía darse por entendido. Escribió pues á diferentes obispos para que se informasen por do quiera del paradero de Arsenio, y ademas envió á un diácono activo y de su satisfacción para hacer igual diligencia.

Habiase ocultado Arsenio en el monasterio de Premecira en Tebaida; pero tan

pronto como el encubridor Pino, sacerdote y superior de aquel monasterio, supo que le andaban buscando, hizo embarcar al obispo meleciano en el Nilo para transportarlo al bajo Egipto. No hallando el diácono el objeto principal de su viage, echó mano de Pino y del monge Elias su cómplice. Fueron uno y otro presentados al oficial que mandaba las tropas de la provincia, y confesaron que Arsenio vivía y había estado escondido en su monasterio. Al momento avisó secretamente Pino á Juan Arcaf todo lo acaecido, pero la carta cayó en poder de San Atanasio, que era tan hábil en los negocios como en las ciencias y en las letras. El Santo redobló su actividad en la busca de Arsenio, y al fin fué encontrado en Tiro y reconocido jurídicamente por el obispo Pablo, que le conocía de mucho tiempo atrás.

Atanasio no se descuidó en enviar al emperador una persona que le informase de toda esta trama (1); quedó convencido el príncipe, y en una carta muy honorífica que escribió al santo Patriarca, le aseguraba que había recobrado y con creces su estimación y aprecio, y al mismo tiempo se mostraba vivamente indignado contra los detestables inventores de tal engaño: pero no vemos que hiciese un castigo ejemplar, y así la impostura comenzó de nuevo á asestar sus tiros. El fruto que el Santo sacó de las buenas disposiciones pasajeras del emperador, fué que Arsenio escribió al santo obispo pidiéndole su comunión, y protestando obedecerle como á metropolitano suyo.

Pero Eusebio y su partido no eran hombres que cedían tan fácilmente; sin embargo, para proceder con mas seguridad, continuaron sus tramas con el mayor secreto, valiéndose siempre de los melecianos, impostores ya conocidos que casi hacían gala de serlo.

(1) Ap. Ath. p. 783.

Comenzaron pues de nuevo las acusaciones contra Atanasio; y á falta de pruebas, intentaron alarmar los ánimos con la enormidad de las mismas imputaciones. Pero á fin de sorprender al príncipe por su propia virtud, no hablaban sino de restablecer la paz en la Iglesia y la union entre los obispos, insinuando al propio tiempo que el único medio de conseguirlo era juntar un nuevo Concilio. Estas importunidades produjeron otra vez su efecto; pues agradó al emperador la idea de un Concilio, y la adoptó, designándose para su celebracion la ciudad de Cesarea en Palestina, á causa de ser su obispo Eusebio uno de los principales del partido.

Cabalmente por esto desaprobó Atanasio esta eleccion, lo cual indispuso fuertemente á Constantino; pero el Santo manifestó que no podía prometerse seguridad alguna en aquella ciudad, y en su lugar se señaló la de Tiro, campo de batalla no menos ventajoso á los arrianos, que procuraron reunir en él á todos los héroes de su partido. Estos eran Teognis de Nicea, Maris de Calcedonia, Patrófilo de Escitópolis, Narciso de Neroniade, Teodoro de Heraclea, Jorge de Laodicea, Macedonio de Mopsuestia, y dos obispos de Panonia, Ursacio y Valente, que desde entonces principiaron á adquirir renombre en la secta. Flacilo, también arriano, á quien pusieron en lugar de San Eustacio, debía presidir como obispo de Antioquia ó patriarca del Oriente. Hizo Eusebio nombrar también al conde Dionisio para sostener á los hereges, bajo pretexto de evitar cualquier tumulto. De católicos apenas hubo mas que los que acompañaban á San Atanasio.

Los amigos de este le representaron vivamente que no debía esponerse al juicio de tal asamblea; pero el inconveniente de oponerse segunda vez á las espresas órdenes del emperador, junto con el testi-

monio de su conciencia que nada le reprendía, le obligó á marchar con cuarenta y siete obispos de Egipto, con los que creía poder contar á todo trance. Pero por desgracia había otros sesenta en el Concilio y con muy diferentes disposiciones. Apenas se principiaron á reunir, cuando el Santo Patriarca conoció la verdad de lo que le habían dicho de antemano; porque, según se veía, todo respiraba intrigas y violencias. Era costumbre que los diáconos tuviesen cuidado de las puertas en la celebracion de los Concilios, para discernir entre las personas que se presentasen, y no introducir mas que las convenientes; pero en este una especie de carceleros eran los que conducían á los obispos, y deshonraban la casa de Dios tratándola como si fuese una prision (1). Luego que estos presentaron á Atanasio, se le mandó, prejuzgándole, que permaneciese en pie, como un reo en presencia del tribunal. Pero todavía trataron con mas indignidad al diácono Macario, que era de quien se había valido San Atanasio para descubrir al impostor Arsenio, pues le entraron cargado de cadenas y casi arrastrado por unos soldados. Ni siquiera tuvieron la política de disimular por el pronto; no hubo uno que se levantase para hacer reverencia á Atanasio, siendo así que era Patriarca y el primer prelado de la asamblea; así es, que no usaron con él de la menor atención ni respeto.

No pudo presenciar con indiferencia semejante infamia un santo obispo de Egipto, llamado Potamion (2). Volvióse al obispo de Cesarea con los ojos bañados en lágrimas, y le dijo en voz bastante alta para que todos lo oyesen: «Pues ¿cómo, Eusebio, tú

estás honrosamente sentado, y Atanasio, el inocente y virtuoso Atanasio, está en pie? ¿Puede tolerarse un contraste de esta naturaleza? ¿Te acuerdas de haber estado preso con Potamion durante la persecucion de los tiranos? Yo perdí en ella un ojo; pero tú estas con los dos y con todos tus miembros sanos y enteros; dínos, pues, cómo saliste de aquel riesgo sin hacer traicion á tu fé.» Al oír estas palabras, Eusebio se levantó lleno de vergüenza y de cólera, y salió de la asamblea, confirmando con este mero hecho las sospechas que tan dura reprension acababa de despertar. San Pafnucio, otro obispo de Egipto, atravesó la sala, acercóse á Máximo de Jerusalem, tomóle por la mano y le condujo consigo diciéndole: «Ya que los dos llevamos igualmente las insignias de Jesucristo, habiendo perdido cada uno un ojo por defender la fé, dejemos este lugar funesto en donde se hace tan poco caso de los confesores;» y al propio tiempo le impuso en toda la trama que hasta entonces habían ocultado á Máximo.

La especie de calumnia que inventaron en otro tiempo los hereges contra San Eustacio de Antioquia había surtido muy buen efecto para que dejasen de repetirla contra el obispo de Alejandria; pero Atanasio, á quien era muy difícil cojer desprevenido, y que por otra parte estaba avisado secretamente, se defendió mucho mejor que aquel. Le acusaron de haber corrompido con violencia á una doncella consagrada á Dios, y en efecto, compareció en presencia de todos los obispos congregados una muger con los cabellos sueltos y aparentando desesperacion, pidiendo justicia contra Atanasio que, decía ella, había abusado, para deshonrarla, de su sencillez y solicitud en tratarlo bien en su casa. Atanasio, que había acordado con un eclesiástico de los suyos lo que se había de hacer, se mostró indiferente, y aquel eclesiástico tomó la

(1) S. Athanas. *Apolog.* 2.

(2) S. Epiphani. *Haeres.* 58.

palabra como si él fuera el acusado (1). La desvergonzada muger estiendo entonces la mano hácia él, y señalándolo con el dedo dice con una voz cada vez mas lastimera y mas alta: «sí, este es, me horrorizo al verle; este es el pérfido profanador de la hospitalidad y de la santa pureza;» y siguió especificando el tiempo, el lugar y todas las circunstancias mas individuales del atentado. Lo grosero de la equivocacion hizo soltar la carcajada á la mayor parte de los circunstantes, y llenó de confusion á todos los demas. Pero aquellos espertos calumniadores, sin darse por entendidos, arrojaron de la sala á la acusadora fingiendo haber sido tambien engañados; bien es verdad que no condescendieron en que se la prendiese, como solicitaba Atanasio, ni en que se la precisase á nombrar los sugetos que la habian dado el papel para aquella escena.

Volvieron despues á la fábula de la mano cortada y del asesinato de Arsenio: recurso el mas miserable que pudiera dictarles su ciego furor, tanto porque el emperador estaba enteramente desengañado sobre este particular, como porque era muy fácil descubrir con la mayor evidencia la verdad ante el universo entero. Así Atanasio dejó empeñar el asunto, y sus enemigos avanzaron hasta donde quisieron. Abrieron pues la caja misteriosa en donde estaba la mano disecada, y dirigiendo la palabra al supuesto delincuente, dijeron como si tuvieran en su mano el triunfo: «Atanasio, hé aquí tu acusador y el testimonio que te declara convicto; hé aquí la mano del obispo Arsenio que tú has cortado: tenemos testigos de ello, y así no te queda otro recurso que justificar la accion misma.» Atanasio sin alterarse les preguntó si conocian al obispo Arsenio; y muchos contestaron que le conocian perfec-

(1) Theodoret. *hist. lib. 1, cap. 3.*

tamente. «Bien, dijo el Santo, pues que entre el hombre que está á la parte de afuera.» Abren la puerta, entra el hombre, mándanle levantar la cabeza, miranle todos con atencion y reconocen á Arsenio sano y bueno y con sus dos manos. La experiencia de Atanasio le habia hecho prever que podian recurrir de nuevo á esta antigua impostura, y habia tenido la precaucion de mandar llevar reservadamente á Arsenio, al cual los arrianos creian siempre oculto en el lugar donde lo habian escondido.

Pasmados de los recursos y de la presencia de espíritu de Atanasio, no sabian qué hacer ni qué decir; por manera que la multitud principió á gritar que era mago. Respecto á los autores de la calumnia, no pudieron soportar la vergüenza á que los espuso aquel golpe, y se retiraron con una precipitacion que demostraba su derrota (1). Echáronse furiosamente los demas melecianos sobre el santo obispo, y le hubieran hecho pedazos si los oficiales del emperador, que temian á este, no se lo quitaran de las manos. No obstante, sus enemigos se recobraron de la sorpresa, y con el intento de colorear un atentado tan patente, esparcieron la voz de que un obispo, servilmente sujeto á la voluntad de Atanasio, habia incendiado, por orden suya, la casa de Arsenio; y que despues de haberle abierto las carnes á fuerza de azotarle con correas, lo habia encerrado en un cuarto, del que tuvo arbitrio de escaparse en secreto; todo lo cual, añadian, habia dado motivo para creerlo muerto.

No les quedaba ya á los impostores otro recurso que la fábula de Isquiras ó del cáliz hecho pedazos y de la profanacion de los sagrados misterios. Atanasio dijo sobre el particular, que sabiendo que Isqui-

(1) Ruf.; Theodor.; Soer.; Sozom.

ras celebraba el santo Sacrificio sin estar ordenado de sacerdote, le habia intimado, por medio del diácono Macario, que se presentase á dar cuenta de su proceder; pero que habiéndole hallado enfermo, el comisionado se contentó con decirle que no ejerciese funcion alguna sacerdotal. Este hecho, presentado tan diversamente en otras partes, impelió á los eusebianos á enviar comisionados al lugar mismo donde habia sucedido; pero se manejaron del modo mas favorable á sus designios, eligiendo para ello los mayores enemigos del Patriarca, sin permitir que fuese delegado alguno por su parte. Tan viciosa fué la informacion como todos los demas procedimientos; de modo, que viendo el clero de Alejandria y el de Mareotis, que fué el lugar de aquella escena, una prevaricacion tan patente, protestaron en debida forma contra todo lo que quisiera hacerse. Ya los obispos de Egipto habian protestado en el Concilio contra la eleccion de los diputados; mas sin embargo, la operacion siguió su curso y los comisionados del partido volvieron á Tiro mas insolentes que antes.

Empero no aguardó Atanasio á que llegaran, porque se vió en la precision de retirarse para salvar su vida de la rabia de los melecianos, habiéndole hecho embarcar los mismos oficiales ó dependientes del emperador, que no encontraban otro medio para libertarle. Los eusebianos miraron su evasion como un gran triunfo; y como si Atanasio hubiera sido legítimamente convencido de algun delito, se pronunció contra él la sentencia de deposicion, á la que suscribió la mayor parte de los obispos, unos por sorpresa y otros por cobardía. Los servicios que los melecianos habian hecho al arrianismo eran muy señalados para que dejasen de recibir la recompensa de sus fatigas; y así el conciliábulo los admitió á la comunión y los mantuvo en todos sus honores

como si fueran unos fieles injustamente perseguidos. El malvado Isquiras fué hecho obispo; y Arrio hubiera sido restablecido si en aquellos momentos no hubieran recibido los obispos de Tiro cartas del emperador en que les instaba acudiesen prontamente á Jerusalem para la dedicacion de la iglesia del Sepulcro que se acababa de concluir.

Marcharon efectivamente todos, á excepcion de los de Egipto, que por el peligro tan inminente de sus iglesias, despues de lo que acababa de suceder, eran tan necesarios en ellas. Otros obispos, que habian acudido de diversas partes por complacer á Constantino, reemplazaron á los de Egipto; de modo, que el Concilio que celebraron, como se acostumbraba en aquellas concurrencias grandes de prelados, fué numerosísimo. El gran negocio de los eusebianos era el restablecimiento de Arrio, el que no habian diferido por otra causa que por hacerlo con mas ostentacion. El heresiarca se presentó con las cartas imperiales que mandaban á los Padres examinasen su nueva profesion de fé, poco suficiente á la verdad, pero que esceptuando la omision de la palabra *consustancial*, parecia bastante católica. Pero esa omision no era un defecto para tales jueces; y recibieron honoríficamente á Arrio á la comunión, escribiendo despues una carta sinodal á la iglesia de Alejandria y á todas las iglesias del universo, para que á él y á todos los de su partido los tratasen como á ortodoxos (1).

Atanasio, que se habia refugiado á Constantinopla, solicitaba por este mismo tiempo una audiencia del príncipe y no podia alcanzarla, porque los eusebianos, casi tan poderosos en la corte como en Tiro, tenian cerradas para él todas las puertas del pala-

(1) Socrat. *lib. 1, hist. cap. 33*;—Sozom. *lib. 11, cap. 17.*